

CRÍTICA DE TEATRO

Vodevil de la putrefacción

EL CAFÉ ★★★★★

Autor: Rainer Werner Fassbinder a partir de Goldoni. Dirección, espacio escénico e iluminación: Dan Jemmett. Vestuario: Vanessa Actif. Intérpretes: José Luis Alcobendas, Jesús Barranco, Miguel Cubero, Lino Ferreira, Daniel Moreno, Lidia Otón, María Pastor y Lucía Quintana. Teatro de La Abadía. Madrid.

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

De Carlo Goldoni queda en «El café» el poso de su ironía crítica y la habilidad para trascender un cuadro de costumbres convirtiéndolo en diagnóstico social. De la mano de Rainer W. Fassbinder se nota el trueque del ligero azúcar frívolo que espumaba la comedia original por vitriolo frenético y la acentuación hasta el paroxismo de las líneas maestras del argumento, haciendo de las sonrisas muecas de desencanto y asco. Una suerte de tránsito de la acuarela al aguafuerte. Si calificué el anterior montaje de La Abadía –«Maridos y mujeres», de Woody Allen– de vodevil diáfano, este sería un vodevil de la putrefacción: hace cuatro décadas Fassbinder ajustó a una contemporaneidad aún vigente la atmósfera dieciochesca de la pieza e hizo de ella el retrato crispado de una sociedad entregada a la codicia, la insidia y el placer vacuo; irónicamente, la crispación puede hoy parecer una nota hiperrealista.

El británico Dan Jemmett ha concebido una puesta en escena en clave de farsa rabiosa que transcurre sobre un espacio en el que la isla sosegada que es el café está contaminada por las ocho ávidas tragaperras que marcan el ámbito de la vecina casa de juego, lugar donde hierven las pasiones y solo el dinero importa más que la satisfacción sexual inmediata. Jemmett da al espectáculo ritmo de ducha escocesa: los actores, que casi ni se miran y, siempre pendientes de las apariencias, se dirigen al público en vez de a su interlocutor; transitan del frenesí expresivo a la repentina quietud.

Así, la trama de amores superficiales, deudas e intereses cruzados se cocina –con las luces de sala encendidas para que los espectadores se sientan irremediabilmente preocupados– en un tempo exasperado y exasperante, tanto que Tráppolo, el camarero testigo del trasiego de los demás personajes y el único tratado positivamente, no puede evitar en algunos momentos la vituperación metateatral. Expresivamente vestidos por Vanessa Actif en chocarreras combinaciones de blanco y negro con posteriores añadidos de elementos brillantes, el reparto coral está espléndido; difícil destacar a uno, quizás el descacharrante y patético Tráppolo de Jesús Barranco, cuya camisa roja sirve de contrapunto a la podrida uniformidad moral del resto.